

Fernando Betancourt Martínez

*Historia y lenguaje.*

*El dispositivo analítico de Michel Foucault*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Instituto Nacional de Antropología e Historia

2006

152 p.

ISBN 968-36-9919-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de diciembre 2014

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/lenguaje/foucault.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

## HACIA UNA POSIBLE ARQUEOLOGÍA DE LA HISTORIA

A partir del siglo XIX la historia se impuso como el campo que define el lugar de las empiricidades, de tal suerte que es a partir de ella como las cosas se presentan al conocimiento, pero también, y de ahí una situación que le es característica, la historia fue asumida como aspiración de un saber determinado. Por el lado de las cosas la historia permite un despliegue temporal que impregna el análisis de la producción, el estudio de los seres vivos y de las lenguas. Esto quiere decir que, más allá de las cronologías que definen una sucesión, esta historia consiste en el “modo fundamental de ser de las empiricidades, aquello a partir de lo cual son afirmadas, puestas, dispuestas y repartidas en el espacio del saber para conocimientos eventuales y ciencias posibles”.<sup>1</sup>

En la disposición del saber que adquirió la economía política a partir de David Ricardo, las riquezas, en vez de distribuirse en un cuadro, fueron organizadas a partir de una cadena temporal ligando con ello la historia y la antropología. Así, la positividad de la economía se hizo descansar en un hueco antropológico, es decir, en la finitud misma del hombre, permitiendo con ello la introducción del tema de su historicidad.<sup>2</sup> En el siglo XIX la biología rompió con toda noción de continuidad temporal al descubrir que la naturaleza misma es discontinua en tanto que es viviente. La historicidad en la biología se localizó en estas formas dispersas de la vida conforme a las propias condiciones de existencia de lo vivo. En cuanto al lenguaje, en el momento en que se le pensó ligado a un sujeto y del cual se hizo depender su valor expresivo, se introdujo una temporalidad propia en el seno de los lenguajes al ser considerados productos

<sup>1</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 215.

<sup>2</sup> “El *homo oeconomicus* no es aquel que se representa sus propias necesidades y los objetos capaces de satisfacerlas; es el que pasa, usa y pierde su vida tratando de escapar a la inminencia de la muerte. Es un ser finito: y así como a partir de Kant la cuestión de la finitud se hizo más fundamental que el análisis de las representaciones [...] a partir de Ricardo, la economía del siglo XVIII estaba relacionada con una *mathesis* como ciencia general de todos los órdenes posibles; la del siglo XIX se remite a una antropología como discurso sobre la finitud natural del hombre.” *Ibidem*, p. 252.

de una actividad incesante y progresiva. Es entonces cuando apareció una heterogeneidad en la que fueron repartidos los sistemas gramaticales con sus propias leyes de transformación y con sus propios caminos de evolución. Al dispersarse el lenguaje se abrió paso una historia que sólo a él pertenece.

Es entonces cuando la historia, entendida como un saber particular, adquirió carta de ciudadanía bajo la forma de una ciencia empírica de los acontecimientos; se convirtió así en un dominio erudito de la memoria que, como toda memoria, introduce una gran carga de ambigüedad y un registro de tipo metafísico. Esta separación entre una historicidad por el lado de las cosas y una historia como saber específico se convierte en un equívoco del que, según Foucault, aún no hemos podido salir; separación que alude a una distancia localizada entre Historia e historia, entre origen y acontecimiento, y es en este espacio producido donde se alojará la filosofía a partir del siglo XIX. Metafísica como memoria en tanto que tiene como problema fundamental el dilucidar qué puede significar para el pensamiento tener ya una historia. Filosofía consagrada a reflexionar el tiempo, sus continuidades, sus rupturas y sus retornos; filosofía que tiene como tarea relacionar la historicidad de las empiricidades al fundamento trascendental que delimita el conocimiento histórico. Es así que la historia tiene también su propia historia y, por tanto, su propia arqueología.

Hasta el siglo XVII la labor fijada para el historiador consistía en recopilar documentos y signos, trabajo que permitía captar e identificar las marcas, trabajo en y sobre el lenguaje: el historiador “era el encargado de devolver al lenguaje todas las palabras huidizas”. El sentido de la historia giraba alrededor del comentario, de esa segunda palabra que promovía sin cesar la repetición, de ahí su acercamiento a la literatura. La historia en la modernidad adquiere una consistencia muy diferente pues ahora se trata de “posar una mirada minuciosa sobre las cosas mismas y transcribir, en seguida, lo que recoge por medio de palabras lisas, neutras y fieles”.<sup>3</sup> Por eso es que este nuevo reino de la escritura, reino subsidiario del fenómeno cultural de la *biblioteca*, busca desesperadamente encontrar los caminos que le permitan distanciarse de la literatura. En palabras de Michel de Certeau:

En un primer nivel de análisis, podemos decir que la producción *da nombre* a una cuestión aparecida en Occidente con la práctica mítica de la escritura. Hasta entonces, la historia se desarrollaba introduciendo en todas partes una separación entre la *materia* (los hechos, la *simple*

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 131.

historia) y el *ornamentum* (la presentación, la escenografía, el comentario). Trata [ahora] de encontrar una verdad de los hechos bajo la proliferación de las “leyendas”, instaurando así un discurso conforme al “orden natural” de las cosas, en el mismo sitio donde proliferaban las mezclas de ilusión y de verdad.<sup>4</sup>

Tanto aquí como allá, el historiador erige su oficio en el seno de un lenguaje, de tal manera que es posible decir que, si a partir del siglo XIX se advierte una mutación en la historia de la historia, esto se debe en mucho a la dispersión que adquirieron las palabras: de un lenguaje liso, llano, anudado de cierta manera a las cosas, se pasa a un lenguaje disperso y opaco. Nueva forma de hacer la historia a partir de una nueva situación del lenguaje. Del comentario a un saber que se presume positivo, objetivo; podría decirse que se va del habla, del cuerpo parlante, a la escritura, espacio descarnado de producción. ¿Hacia qué situación condujo la dispersión del lenguaje? Este cambio fue posible cuando el lenguaje se pensó a distancia de la representación.

Al independizarse de su función representativa, las palabras dejan de ser pensadas como el posible duplicado del pensamiento, de tal manera que, por una parte, los signos mismos se convierten en objeto de conocimiento, es decir, se descubre en ellos una disposición que les es propia, unas leyes y un funcionamiento que sólo al lenguaje pertenecen. Por otro lado y como mecanismo compensador frente al nivelamiento de las palabras al lado de los objetos por conocer, surgen y se desarrollan otras experiencias propias del lenguaje. En primer lugar, se reconoce que el lenguaje es ambiguo en sí mismo, comporta una polisemia intrínseca, de ahí la necesidad de depurarlo analíticamente en un proyecto de lenguaje científico que “sólo dejará aparecer las formas universalmente válidas del discurso”. Ligando la lógica al lenguaje, se quería crear un discurso que “fuera transparente al pensamiento en el movimiento mismo que le permite conocer”, proyecto que se desarrolla bajo el primado de la formalización. En segundo lugar, se produce el reconocimiento de que las palabras se encuentran depositadas en la historia misma de los pueblos, en sus creencias y en sus expectativas, abriendo con ello la posibilidad de someter el lenguaje a la interpretación o a las técnicas de exégesis. Trabajo que supone remontar las palabras hasta aquello que las ha hecho posibles (filología), pero también descubrimiento de un significado más profundo que el que se muestra explícitamente en la superficie de las pa-

<sup>4</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 25.

labras (hermenéutica). En tercer lugar se propicia la aparición de una experiencia literaria, experiencia salvaje en la que se inscriben las palabras y que no se deja apresar por ningún formalismo, pues la literatura sólo se descubre referida al puro acto desnudo de escribir.<sup>5</sup> Es ésta la forma dividida que adquiere el lenguaje en el umbral mismo de la modernidad. Historia, modernidad, lenguaje: ahí, en el juego de estas tres instancias es donde se efectúan y condensan nuestras más importantes coordenadas culturales. Al dispersarse el lenguaje, al dividirse en espesuras particulares, desaparece el Discurso; al dispersarse el lenguaje, aparecen los discursos. La historia encuentra su condición de posibilidad en la experiencia de un lenguaje disperso, es decir, no sólo emerge en la forma de esa separación equívoca ya mencionada, sino que también aparece en la distancia misma que el lenguaje adquiere respecto de sí mismo.

Ahora bien, Foucault afirma que la Historia y la historia no son absolutamente contemporáneas, no surgieron a un mismo tiempo ni fueron resultado de dos movimientos paralelos coordinados. Al contrario de lo que pudiera pensarse, fueron las cosas las que recibieron una historicidad antes de que el hombre pudiera dotarse de una historia propia y esto se debe a que, en la disposición del saber moderno, la realidad deja de ser pensada como sustancia propiamente ontológica y pasa a ser considerada como fuerza histórica.<sup>6</sup> El hombre surgió como figura de la finitud despojada de historicidad, en tanto “que habla, trabaja y vive, se encuentra, en su ser propio, enmarañado en historias que no le están subordinadas ni le son homogéneas”.<sup>7</sup> Frente a este vacío de historia, el ser humano se dio a la tarea de construirse una historicidad que le estuviera ligada de manera esencial. Pero, en la medida que habla, que trabaja y que vive, esa operación se tornó ambigua porque el sentido de esas experiencias le señalaba una temporalidad desgajada, sin unidad previa y por lo tanto extraña, una temporalidad que le venía por fuera de sí mismo. A pesar de esa ambigüedad, o más bien gracias a ella, construyó una historia propia sobre la dispersión que le marcaban las historias de la producción, del lenguaje y de la vida. Superposición que le dio, además, la posibilidad de pensar su historia como aquella que fundamenta a todas las demás.

De ahí se desprende la necesidad urgente de encontrar leyes que atendieran al desenvolvimiento de la historia humana, entendiendo a ésta como la vinculación del hombre al campo de los acontecimien-

<sup>5</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 290-293.

<sup>6</sup> Michel de Certeau, *op. cit.*, p. 93.

<sup>7</sup> Michel Foucault, *op. cit.*, p. 358.

tos, es decir, definida a partir del hecho de que el hombre debe responder por esos semitrascendentales de los cuales no puede desligarse totalmente. Así, las interpretaciones de la historia que se sucedieron a partir del siglo XIX tuvieron que establecerse “a partir del hombre considerado como especie viviente, a partir de las leyes de la economía o a partir de los conjuntos culturales”.<sup>8</sup> Esta situación hace que la historia juegue un doble papel respecto a las ciencias humanas, papel a la vez peligroso y privilegiado. La historia, por una parte, constituye el trasfondo que establece cada una de las ciencias del hombre y con ello les señala su espacio de validez en tanto saber; por otra, les marca una frontera que las limita y les niega su pretensión de validez general, es decir, las desautoriza a tratar de ir más allá de sí mismas, más allá del ámbito temporal que las define. La historia se encuentra frente a la imposibilidad de establecerse en la determinación pura de lo humano sin tener que recurrir a las experiencias desgajadas de lo que el hombre es (hombre que vive, que trabaja y que habla), por eso depende de la psicología, de la sociología y de las ciencias del lenguaje.

Éstas deben, a su vez, establecer su trabajo en el interior de una historicidad que constituye y atraviesa sus objetos. Sin embargo, a diferencia de las ciencias humanas que se ven sometidas a una oscilación permanente entre la positividad del hombre y las condiciones de su ser y que se manifiesta al tratar de pasar del plano de lo consciente al de lo inconsciente, para la historia el problema que se le presenta tiene que ver con la esfera de la universalidad y con el contenido positivo que la historia quiere darse.<sup>9</sup> Cuanto más se esfuerza la historia por superar la relatividad para acceder con ello a la universalidad, más notifica su origen ambiguo, y cuando no tiene otra opción que aceptar su relatividad, más se encuentra en una situación de pérdida de su contenido positivo. En otras palabras, el problema que parece insalvable para la historia moderna es aquel que se presenta cuando se quiere relacionar la historicidad de las empiricidades en las que el hombre se dispersa, con los fundamentos del conocimiento histórico. De nueva cuenta, la tensión con la que se inaugura la historia como saber le viene de su adscripción al marco epistémico decimonónico, de esa disposición que nunca puede superar la relación entre finitud y trascendencia.

Así, lo que se encuentra en entredicho es la capacidad de establecer relevancias sobre el trasfondo de una relatividad que nunca puede ser dominada, aspiración a la universalidad a partir de aquello que es por definición perenne, efímero. Es por ello que la división entre

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 359.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 360.

Historia e historia es un equívoco preñado de consecuencias. La separación entre acontecimiento histórico y saber histórico responde a la disposición kantiana sujeto-objeto, determinación a partir de la cual se piensa la posibilidad, dentro del campo epistemológico moderno, de todo saber. Sujeto de conocimiento y objeto de conocimiento revelan, en su relación, un distanciamiento que permite postular la concreción de la objetividad a partir de la labor enmarañada de una subjetividad, en este caso, fundadora. La historia, entonces, asume de manera total las determinaciones ya vistas de la analítica de la finitud y del juego de sus dobles. Tensión agudizada entre lo empírico y lo trascendente, entre el retroceso y el retorno al origen, entre el cogito lúcido y la obscuridad de lo impensado, pues la historia presenta serios problemas para delimitar con precisión el campo de sus acometidas. Ya bien entrado el siglo XX, la historia revela sin pudor una de esas consecuencias del equívoco originario cuando se convierte en territorio de experimentación de modelos y métodos provenientes de otras ciencias humanas.

La historia interviene en el modo de realizar una experimentación crítica de modelos sociológicos, económicos, psicológicos y culturales. Se dice que utiliza un “instrumental prestado” (P. Vilar), y es cierto. Pero precisamente la historia pone a prueba este instrumental al transferirlo a terrenos diferentes, del mismo modo como se “prueba” un automóvil de turismo obligándolo a trabajar en pistas de carreras a velocidades y en condiciones que exceden sus normas. La historia se convierte en un lugar de “control”, donde se ejercita una “función de falsificación”.<sup>10</sup>

¿La historia como falsificación? ¿No es ésta una palabra tan dura e injusta para dirigirla a una ciencia tan “noble”? La historia que nace en el siglo XIX, pues antes había otra cosa a pesar de utilizar la misma denominación, es aquella que pretende alcanzar un conocimiento objetivo, puro, pero tal pretensión proviene de ese equívoco fundamental ya mencionado. Si la modernidad es la edad de la historia lo es porque es también la edad del hombre, es decir, lo es en el sentido de establecer como su territorio el campo de una duplicación incesante: sujeto y objeto, lo empírico y lo trascendente, lo universal y lo relati-

<sup>10</sup> Michel de Certeau, *op. cit.*, p. 94. Más adelante, en la misma página, De Certeau identifica dos implicaciones de este funcionamiento moderno de la historia: “el primero señala la relación de lo real con el modo del hecho histórico; el segundo indica el uso de ‘modelos’ recibidos, y por lo tanto la relación de la historia con una razón contemporánea. Se refieren, principalmente, el primero, a la organización interna de los procesos históricos; el segundo, a su articulación en campos científicos diferentes”.

vo, el acontecimiento histórico y el saber histórico. Entre cada uno de los elementos de estos dobles lo que se instaura es una distancia, una separación que permite postular la posibilidad misma del conocimiento histórico. El saber moderno es tal en tanto que existe esa distancia neutra, vacía, entre un sujeto que conoce y un objeto más o menos pasivo que se ofrece a la curiosidad de una mirada tenaz. La cuestión es que ese vacío debe permanecer inalterable, en otras palabras, el saber nunca puede acceder al objeto en su concreción por dos motivos que revela muy bien la historia.

Primero ¿cómo trabajar contra aquello que es la fuente de posibilidad del conocimiento? Incertidumbre que se establece, en el caso de la historia, por esos dos polos por los que debe transitar: universalidad o totalización y relatividad. Oscilación que marca definitivamente a esa historia altanera que presume de lo que nunca puede llegar a ser. Aquí, en el juego de esta oscilación, “el sujeto y el objeto están en un recíproco poner en duda”, y esto se debe a que ambos están sometidos a una erosión que, de repente, anula toda positividad definitiva a la cual recurrir;<sup>11</sup> “al descubrir la ley del tiempo como límite externo de las ciencias humanas, la Historia muestra que todo lo que se ha pensado será pensado aún por un pensamiento que todavía no ha salido a luz”.<sup>12</sup> Finitud cuya figura labora sin cesar en el corazón mismo de la historia. Oscilación que caracteriza al pensamiento moderno y que encadena, en un enfrentamiento inevitable, al historicismo y a la analítica de la finitud. El historicismo, el tratar de instalarse en el nivel de las positivities, pretende convertir en un absoluto el relativismo propio en el que ellas se dan, tratando de salvar, por medio de este movimiento, los inconvenientes de la finitud. En el marco de esta operación trata de acceder a lo que la finitud impide: la concreción de un conocimiento aunque sea él mismo relativo y limitado. Así, las diferentes positivities de la historia pueden llegar a ser totalidades parciales sin que necesariamente lleguen a convertirse, por la fuerza de una acumulación, en la totalidad absoluta. Frente a este intento, “la analítica de la finitud quiere interrogar esta relación del ser humano con el ser que al designar su finitud hace posibles las positivities en su modo concreto de ser”.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> “la historia parece tener un objetivo fluctuante cuya determinación se debe menos a una decisión autónoma que a su interés y a su importancia para otras ciencias. Un interés científico ‘exterior’ a la historia define los objetivos que ella misma se da y las regiones adonde se dirige sucesivamente, según los campos que a su vez van siendo los más decisivos [...] y conforme a las problemáticas que los organizan”. *Ibidem*, p. 97.

<sup>12</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 361.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 362.



Si bien es un enfrentamiento, éste se produce a partir de esa dualidad oscilatoria que va del fundamento a las positivities, de tal manera que puede decirse que ambas posturas tienen un mismo tronco común. Fundamento y positivities, es decir, sujeto atrapado en una finitud que lo constituye y que se presenta como límite insalvable y objeto inaprensible sometido a una relatividad que lo difumina. Aquí la paradoja consiste en que la historia, posibilitada por el sentido de una temporalidad profana, se encuentra en una situación tal que es esa temporalidad, asumida como finitud y relatividad, lo que le impide salvar la distancia establecida por la disposición epistemológica que divide y opone el sujeto de conocimiento al objeto por conocer. Y como la historia no puede detener el tiempo tiene que asumir el juego de esa oscilación.

Segundo, la distancia entre Historia e historia, a pesar de lo anteriormente dicho, permite operativizar la dualidad objeto-sujeto pero sólo en el marco de una ficción. Por un lado, la Historia se encuentra referida al campo de los acontecimientos, es decir, a todo ese cúmulo de hechos pasados que se localizan en la forma misma del devenir. Por otro lado, la historia se piensa como el campo de un saber, campo de investigación y estudio establecido desde un presente. Hasta aquí pareciera claro que tal distinción transparenta legítimamente la ubicación del objeto histórico frente al sujeto historiador. Sin embargo se advierten de inmediato ciertos problemas. El corte entre pasado y presente es voluntarista, como señala Michel de Certeau, es expresión de una voluntad que ve el pasado como tradición y que le señala al presente la posibilidad de organizarlo en un saber. Y esto es posible, como voluntad, en tanto que se genera en la temporalidad un desgajamiento tajante que en sí mismo es equívoco. La temporalidad es dividida entre pasado, presente y futuro, pero a partir de fronteras que nunca son claras; sin embargo, se le señala a esa temporalidad dividida la urgencia de someterse a una continuidad como sucesión. Aquí la ficción se localiza en la forma misma de la separación por la que el sujeto de conocimiento, el historiador, aparece de alguna manera fuera de la historia, es decir, del campo histórico que constituye su objeto. “Este pensarse como separado de la ‘historia’ es lo que hará posible, por otro lado, la emergencia de un sentido y la búsqueda de objetividad. La de quien se mantiene al margen de las luchas del presente y busca con las armas de la razón y de la ciencia la verdad de la historia entendida como ‘el pasado’.”<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, “De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica”, p. 247.

Entonces, por el lado del sujeto, la historia consiente en ubicar un espacio de autonomía respecto de la Historia, es decir, establecer la posibilidad de separación de la historia misma tomada como objeto. Camino que lleva a la deshistorización del sujeto, camino paradójico pero que responde a esa necesidad ya mencionada de limitar la temporalidad y que se complementa con la forma en la que se piensa la situación del objeto histórico. El campo histórico, objeto de la historia, se constituye como el campo de empiricidades sobre el que trabaja el historiador y ya se vio cómo este campo no puede ser delimitado claramente si no es acudiendo a una transferencia de objetos, temas y métodos propios de otras ciencias humanas. Podría pensarse que el objeto de la historia es el hombre mismo y su acción ubicada en una secuencia temporal, pero esto sólo es posible en tanto el hombre es un ser vivo, trabajador y parlante. De este modo, la historia duplica las ciencias humanas que, a su vez, duplican las ciencias del lenguaje, del trabajo y de la vida. Es entonces que se descubre una inestabilidad esencial en tanto que la historia, como todas las ciencias humanas, hunde al hombre que toma por objeto “al lado de la finitud, de la relatividad, de la perspectiva, al lado de la erosión indefinida del tiempo”,<sup>15</sup> pero al ubicarlo como sujeto y objeto tiene que trabajar en el sentido de limitar tanto la finitud como la relatividad; éste es un trabajo que no puede cumplir a cabalidad pues significaría vulnerar sus propias condiciones de posibilidad.

En todo caso, las empiricidades históricas son presentadas como lo real-pasado y constituyen el motivo de una reconstrucción en su verdad. Tal realidad pasada es delimitada como objeto sólo si se establece como pasado muerto, como cosa ya dispuesta, como temporalidad detenida. Es entonces que lo que se produce es una doble ficción: sujeto de conocimiento separado de la historia, objeto por conocer ubicado en un pasado ya fijado, en una temporalidad detenida y eterna. Doble inestabilidad que se deja ver en el suelo arqueológico a partir del cual fue posible la aparición de la historia. Por supuesto, aquí la palabra arqueología no pretende designar a lo más arcaico, aquello que en su antigüedad devela los rostros de algo que se pierde en la obscuridad de un pasado lejano; más bien pretende fijar y describir las condiciones de posibilidad de la historia misma: pregunta por aquello que hizo posible su emergencia. Y este suelo arqueológico revela los inconvenientes de un dualismo en el que, tanto el estatuto del sujeto como el del objeto terminan resultando inestables, razón por la cual no pueden cumplir con la prescripción que les fue fijada en términos epistemológicos.

<sup>15</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 344.

Foucault señala que la historia, a mediados del presente siglo, se ve sometida a una mutación epistemológica notable. Por una parte, advierte que el interés de los historiadores se ha ido desplazando de los episodios muy bien delimitados, hacia los periodos largos que se basan en equilibrios estables y constantes. Este desplazamiento permite sustituir las visiones lineales por un análisis diversificado de los estratos en profundidad, de tal manera que la atención de los historiadores se ha ido centrando en la posibilidad de identificar y estudiar las diversas capas sedimentarias, cada una con una temporalidad propia que ya no responde a las transformaciones políticas y a las cronologías tradicionales. Así, las preguntas que guían a los historiadores dejan de ser aquellas que interrogaban por las relaciones causales, por las continuidades que encadenaban a los fenómenos y por el sentido de las totalidades que articulaban; ahora las preguntas giran alrededor de las series mismas, de sus relaciones y de sus periodizaciones diversas.<sup>16</sup> Por otra parte, en la historia de las ideas, de las ciencias, del pensamiento o de la literatura, el desplazamiento toma un sentido inverso: de los grandes periodos a las rupturas y discontinuidades. El problema que se plantea en este desplazamiento parece ser diferente al del primer caso, en tanto que lo que se deja ver es el estatuto mismo de la discontinuidad. Entonces “el problema no es ya de la tradición y del rastro, sino del recorte y del límite; no es ya el del fundamento que se perpetúa, sino el de las transformaciones que valen como fundación y renovación de las fundaciones”.<sup>17</sup>

A lo que apuntan estos dos procesos es a una mutación más fundamental y que toca al corazón mismo de la historia en aquello que permitía la distinción entre Historia e historia, entre objeto y sujeto, es decir, el valor del documento.<sup>18</sup> Para la historia tradicional, esa historia que emerge y se desarrolla a partir del siglo XIX, el documento era el rastro, la huella a partir de la cual se emprendía la reconstrucción del pasado. El documento, la fuente, permitía tal reconstrucción porque transparentaba la realidad pasada por medio de un trabajo de desciframiento; al descifrar el lenguaje que en él se depositaba se le hacía hablar, decir su verdad que era la verdad del pasado. El documento hablaba de realidades, por medio de él la realidad nos hablaba. La crítica de fuentes tenía y sigue teniendo como objetivo el establecer la autenticidad del documento; a partir de este trabajo es como se torna posible su desciframiento pero ya encuadrado en un campo de

<sup>16</sup> Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 4.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 9.

autoridad específico. El documento se leía de manera constativa y referencial, de tal suerte que esa lectura permitía identificar y encuadrar datos cuya secuencia delineaba el hecho histórico. A partir de esta ficción se podía sostener que el historiador era aquel que estudiaba los hechos por medio de un intermediario fluido y veraz, por medio de un fragmento de evidencia. Es en esta postura en donde se ubicaba una justificación antropológica para una historia pensada como reminiscencia, como despliegue

de una memoria milenaria y colectiva que se ayudaba con documentos materiales para recobrar la lozanía de sus recuerdos; es el trabajo y la realización de una materialidad documental (libros, textos, relatos, registros, actas, edificios, instituciones, reglamentos, técnicas, objetos, costumbres, etc.) que presentan siempre y por doquier, a toda sociedad, unas formas ya espontáneas, ya organizadas, de remanencias. El documento no es el instrumento afortunado de una historia que fuese en sí misma y con pleno derecho memoria; la historia es cierta manera, para una sociedad, de dar estatuto y elaboración a una masa de documentos de los que no se separa.<sup>19</sup>

Elaborar, recortar, trabajar desde el interior el documento, acciones que señalan los contornos de esa mutación epistemológica y que descubren en las fuentes la presencia del lenguaje. Es desde esta mutación que se puede decir que el documento ya no es un simple trozo de evidencia. Si la historia tradicional quería memorizar los “monumentos del pasado” transformándolos en documentos, ahora la historia parte de la necesidad de transformar los documentos en monumentos y acceder con ello a una descripción intrínseca del mismo.<sup>20</sup> Descripción que pasa por el análisis de la producción de la fuente histórica: primero, otorgarle un estatuto, es decir, apartar o separar escrituras para dotarlas de un espacio institucional que defina los límites de su manipulación; segundo, marcarla con la señal de una elaboración, es decir, convertir una serie de textos en documentos históricos interpretables. Es éste, sin duda, el gesto fundador de toda historia tal y como la entendemos desde el siglo XIX: fabricación de representaciones sobre el pasado con pretensiones de objetividad. Pero con ello se señala una doble labor de carácter productivo. En un primer momento, producción de la fuente misma como materialidad sobre la que descansa la empresa de conocimiento histórico. Serie de operaciones que tienen como objetivo realizar un producto que, para el discurso histórico,

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 11.

pueda jugar el papel de referente externo. Después, producción de las representaciones como lugar específico del saber. En este nivel, la narración histórica justifica esas representaciones al recuperar la materialidad previa que le sirve de soporte discursivo. Entonces, si la historia tiene como atributo ser necesariamente referencial, lo es sólo en tanto ese hablar del pasado depende de documentos signados ya por un trabajo de significación anterior. En este caso la referencialidad del conocimiento histórico, condición necesaria de toda justificación objetivista, alude menos a la realidad del pasado histórico que al proceso por el cual se genera un sentido particularizado por el tratamiento que otorga a la fuente el carácter de “evidencia”.

Es, por tanto, una operación de significación compleja porque opone y relaciona una serie de enunciados a otros; no se trata, en este caso, como lo pretendía el marco epistemológico que heredamos del siglo pasado, de una situación de correspondencia directa entre enunciados y realidad externa. Aunado al “gesto de *poner aparte*”, de reunir una masa de documentos bajo una “nueva repartición cultural”,<sup>21</sup> se lleva a cabo un procedimiento de sustitución: la noción de “evidencia”, puesta en juego en el discurso histórico mediante la cita recurrente, toma el lugar de la realidad sobre la que se escribe o se habla. Sustitución que significa la construcción, en la dimensión de la palabra escrita, de un lugar de autoridad que permite y justifica el discurso a partir de lo “ya dicho”. Aunque, claro, la historia no se detiene en la repetición enunciativa (la cita); al contrario, redistribuye los enunciados al redefinir unidades de significación, haciendo posible una historia diferente a pesar del juego de la repetición.

Foucault señala cuatro consecuencias de esta mutación. Primera, en la historia propiamente dicha se produce el realce de acontecimientos constituidos en series y periodos largos, mientras que en la historia de las ideas y sus afines, se disocian las series largas constituidas en teleologías, poniendo en duda todo intento de totalización al descomponer la Historia en historias; segunda, la discontinuidad se convierte en una noción central para el historiador, siendo a la vez instrumento calculado y objeto de investigación; tercera, las posibilidades de una historia global, entendiendo ésta como el intento por encontrar la centralidad de todo proceso histórico, se difuminan, es decir, la historia adopta la forma de una descripción que “apiña todos los fenómenos en torno a un centro único”. Al ir desapareciendo este tipo de historia, se ven perfilarse los contornos de una historia general que despliega, a diferencia de la anterior, “el espacio de una dispersión”; por

<sup>21</sup> Michel de Certeau, *op. cit.*, p. 86.

último, cuarta consecuencia, la historia se enfrenta a nuevos problemas metodológicos tales como definición del nivel de análisis, determinación de la relación que permita caracterizar un conjunto, establecimiento de un principio de elección, etcétera.<sup>22</sup> En suma, puede decirse que esta mutación se dirige a un problema central, aquel que plantea la posibilidad de pensar la “diferencia” misma. Frente a una historia planteada en términos de continuidad y que pretendía establecer el devenir alrededor de un centro unitario, correlato de la labor fundadora del sujeto y por tanto preñada de filosofía de la historia, se trata de postular otra historia: una que, desde el terreno de las problematizaciones, intenta trabajar a partir de dos nociones claves: práctica y acontecimiento.

Foucault reconoce que han existido al menos tres tentativas por pensar el estatuto del acontecimiento: el neopositivismo, la fenomenología y la filosofía de la historia. El neopositivismo terminó confundiendo con un estado de cosas previo; la fenomenología lo desplazó en relación con el sentido; la filosofía de la historia lo encerró en el ciclo dictatorial del tiempo:

su error es gramatical; convierte el presente en una figura encuadrada por el futuro y el pasado; el presente es el anterior futuro que ya se dibujaba en su forma misma, y es el pasado por llegar que conserva la identidad de su contenido. Precisa, pues, por una parte, de una lógica de la esencia (que la fundamente en memoria) y del concepto (que la establezca como saber del futuro) y, por la otra parte, de una metafísica del cosmos coherente y coronado, del mundo en jerarquía.<sup>23</sup>

Tres tentativas erradas que pierden la superficie del acontecimiento bajo la lógica del pretexto: la primera, con el pretexto de que no se puede decir nada que esté fuera del mundo; la segunda, con el pretexto de que “sólo hay significación para la conciencia”; y la tercera, con el pretexto de que sólo hay acontecimiento amarrado al tiempo, por tanto a la identidad y a un “orden bien centrado”. Ante ello Foucault nos propone la vía del acontecimiento incorporal, de una lógica del sentido neutro y de un “pensamiento del presente infinito”.<sup>24</sup> Tres vías de acceso para las cuales el acontecimiento es pura superficie; y si esto es aceptado, entonces el acontecimiento no puede tener el mismo estatuto que el del hecho histórico, ni siquiera puede ser pensado

<sup>22</sup> Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 11-17.

<sup>23</sup> Michel Foucault, *Theatrum philosophicum*, p. 20-21.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 21.

como un estado de cosas o como un atributo; es, más bien, el efecto de un cruce de procesos diversos. Es en ese sentido que responde al problema de la diferencia en tanto que pertenece al orden de la relación.<sup>25</sup> Entonces, el acontecimiento siempre está en relación con algo, en convergencia con otros acontecimientos. Es así que sólo puede dibujarse teniendo como trasfondo el cruce de una serie de procesos heterogéneos y es este cruce el que le da su condición de arbitrariedad y de azar. Todo acontecimiento es raro y esto porque “los hechos humanos son raros, no están instalados en la plenitud de la razón, hay un vacío a su alrededor debido a otros hechos que nuestra sabiduría no incluye, porque lo que es podría ser distinto”.<sup>26</sup> Por tanto, el acontecimiento escapa a la lógica de la necesidad y a la evidencia de un desarrollo, que en sí mismo es claro y oportuno, al ligarse a una serie de nociones que de entrada pueden resultar extrañas a los historiadores profesionales: regularidad, azar, discontinuidad, rareza.

Con ello se vuelve imposible ubicar la noción de acontecimiento al mismo nivel que el hecho histórico, pues aquella descansa en relaciones siempre diferenciadas, mientras que el segundo encalla en una pretendida identidad o unidad de principio. Es así que el acontecimiento hace estallar la identidad de los eventos históricos produciendo con ello un proceso de desfamiliarización del tiempo mismo: el pasado se revela como lejano y extraño, en tanto el presente, al aparecer en la arbitrariedad de su irrupción, muestra que no puede ser tan evidente y soberano como se pensaba. En la historia tradicional la separación tajante entre pasado y presente es ubicada de tal manera que puede ser pensada bajo el modo de la sucesión, permitiendo con ello que el tiempo sirva de marco cronológico para ordenar y clasificar los eventos en un espacio vacío. De este modo separación y continuidad son las dos fases de una misma operación, aquella que convierte a la historia en memoria y que somete al tiempo a los dictados de un dominio: dominio del pasado con el fin de transformarlo en cosa familiar, es decir, en cosa propia para el reconocimiento. Los temas que se ligan a esta postura son evidentes: origen, identidad, progreso. Pero la desfamiliarización del pasado, al restaurarlo en su ambigüedad, en su alteridad, permite que la historiografía pueda volver a su antigua tarea, “tanto filosófica como técnica, de decir el tiempo como ambivalencia misma que afecta el lugar donde ella está, y en consecuencia pensar la equivocidad del lugar como el trabajo del tiempo en el interior mismo del lugar de saber”.<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Rosario García del Pozo y Francisco Vázquez, *Perspectivas de Foucault*, p. 61.

<sup>26</sup> Paul Veyne, *Como se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, p. 200.

<sup>27</sup> Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 70.

Ver la historia como acontecimiento significa someterse a una lógica de la diferencia; esto es historización radical. Lo contrario consiste en anhelar una conciliación (las interpretaciones como copia legible del pasado) y tal cosa sólo se logra al precio de una totalización construida por fuera de la historia, es decir, de una negación de la diferencia.<sup>28</sup> Pero ello no es más que una paradoja de la ilusión: quiere hallar, a fuerza de voluntad metódica, lo real del pasado, algo que está más allá de sí mismo y que es nombrado en la escritura, pero lo que reencuentra es su límite propio, una realidad que le viene de abajo y que lo determina. Realidad que la traspasa verticalmente y que no consiste en la materialidad de su objeto sino en la condición de su postulado. Si es ciencia histórica esto no se debe a las bondades y excelencias de los conocimientos que produce; antes bien, es histórica porque señala los funcionamientos y operaciones sociales y culturales que lleva a cabo en tal tarea. Atender el régimen de prácticas que pone en juego el trabajo de la historia supone no desatender los contenidos y representaciones que fabrica sobre el pasado; lo que cambia es el valor con el que éstos se presentan: más que el mundo traducido por los enunciados, se trata de valorar los enunciados a partir de las operaciones que los producen. Es ésta una labor de articulación entre un contenido particular, es decir, un discurso, y una operación sostenida por “procedimientos científicos” y funciones sociales. Como señala De Certeau:

Por lo demás, esta perspectiva caracteriza hoy en día los procesos científicos, aquél, por ejemplo, que en función de “modelos” o en términos de “regularidades” explica fenómenos o documentos, manifestando reglas de producción y posibilidades de transformación. Más sencillamente, se trata de tomar en serio expresiones cargadas de sentido —“hacer historia”, “hacer teología”— en una época en que nos vemos llevados a minimizar el verbo (el acto producido) para privilegiar el complemento (el objeto producido).<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Ya nos lo hacía ver Foucault por medio de su lectura de Nietzsche: “De hecho, lo que Nietzsche no ha cesado de criticar desde la segunda de las *Intempestivas* es esa forma de historia que reintroduce (y supone siempre) el punto de vista suprahistórico: una historia que tendría por función recoger, en una totalidad bien cerrada sobre sí misma, la diversidad al fin reducida del tiempo; una historia que nos permitiría reconocernos en todo y dar a todos los desplazamientos pasados la forma de la reconciliación; una historia que lanzaría sobre lo que está detrás de ella una mirada de fin del mundo. Esta historia de los historiadores será un punto de apoyo fuera del tiempo; pretende juzgarlo todo según una objetividad apocalíptica; y es que ha supuesto una verdad eterna, un alma que no muere, una conciencia siempre idéntica a sí misma.” Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, p. 43-44.

<sup>29</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 34.



Ahora bien, el acontecimiento es pensado como un efecto en el ámbito de una temporalidad particular frente a otras temporalidades de suyo heterogéneas; es aquí donde aparece la figura de la discontinuidad. Ésta es vista no como un vacío establecido entre los sucesos, alude a un juego de transformaciones específicas, “diferentes unas de otras (cada una con sus condiciones, sus reglas, su nivel) y ligadas entre sí según esquemas de dependencia. La historia es el análisis descriptivo y la teoría de estas transformaciones”.<sup>30</sup>

El acontecimiento involucra otra dimensión que ha resultado estratégica para la historia tradicional: el sujeto de la historia. El campo de los eventos históricos es presentado como el escenario donde un protagonismo esencial despliega el juego de su acción. Ésta es la instancia determinante sobre la que hace descansar la explicación histórica misma y aquí la historia de las ideas resulta ejemplar. Puede muy bien tomar distintos nombres o denominaciones, un personaje genial, un autor, una sociedad y hasta una cultura, pero el mecanismo funciona en tanto hay siempre la presencia de un sujeto atemporal que atraviesa con su acción el devenir histórico. La arqueología, al contrario, pretende restituir a la práctica su carácter de acontecimiento por medio de un análisis que, en ningún caso, intenta situar en ella la presencia de una interioridad que se manifiesta.

El sujeto, como se ha visto, no es presentado como interioridad subyacente a los acontecimientos, de tal manera que la práctica a la que se alude no constituye la expresión de su actividad fundadora. Por el contrario, el sujeto es un efecto producido en un campo específico de prácticas anónimas, de tal suerte que el acontecimiento, en su rareza y regularidad, se localiza en la superficie de este campo, no en esa suerte de profundidad esencial en la que se cree descubrir el centro que lo explica todo; así pues, en la historia no hay, no puede ya haber, secreto alguno. Historia sin secreto es historia sin sujeto; significa, por tanto, alejarse de esas posturas que quieren ver en la historia el trabajo incansante de una conciencia en busca de su libertad, la labor sin descanso de un sujeto que preña el devenir con la marca imborrable de su acción, en definitiva, progreso acendrado de la razón que se eleva en la historia y por la historia, disfrazando con ello los ecos de una crisis en la que se ve envuelto el tipo de subjetividad al que fuimos ligados, crisis que es la nuestra:

crisis en la que interviene esa reflexión trascendental a la que se ha identificado la filosofía desde Kant; en la que interviene esa temática

<sup>30</sup> Michel Foucault, “La función política del intelectual. Respuesta a una cuestión”, en *Saber y verdad*, p. 56.

del origen, esa promesa del retorno por el que esquivamos la diferencia de nuestro presente; en la que interviene un pensamiento antropológico que ordena todas esas interrogaciones a la cuestión del ser del hombre y permite evitar el análisis de la práctica; en la que intervienen todas las ideologías humanistas; en la que interviene —en fin y sobre todo— el estatuto del sujeto.<sup>31</sup>

Si la práctica hace desaparecer todo rastro de un sujeto constituyente, ¿en qué situación se encuentra el objeto, es decir, el otro elemento de esa dualidad privilegiada? Para la arqueología, las prácticas discursivas, como soporte material del saber, no constituyen un objeto preexistente a la labor del arqueólogo; son productos cuya emergencia y funcionamiento sólo pueden estudiarse en una trama histórica y ligadas a otras prácticas adyacentes. De la misma manera que la práctica produce emplazamientos específicos para el sujeto, genera tipos de objetos diversos sobre un estatuto discontinuo. No hay, no puede haber, si de historia se trata, un objeto natural que de repente sea descubierto en su verdad por nuestra conciencia, objeto retenido y negado hasta que alguien lo descubre.

La locura no define un mismo objeto siempre y en todo lugar; la proliferación de discursos sobre la locura señala que no se trata de la misma cosa, sino que constituyen series de objetos diferentes, de tal manera que el trabajo del arqueólogo consiste en individualizar un conjunto de enunciados, en “descubrir las reglas que rigen la identidad y la diferencia de los objetos sobre la locura, en ámbitos enunciativos distintos, dentro de un mismo periodo temporal”. Reglas que no definen la constitución interna del objeto locura sino aquello que le permite aparecer (su a priori histórico) y “situarse heterogéneo y diferente en relación diferencial con otros acontecimientos”.<sup>32</sup> El objeto, entonces, es un producto y es en ese sentido que tampoco responde a un estado de cosas que se mantenga estable a lo largo de la historia. La formación de los objetos discursivos se produce en un conjunto de relaciones, en una red con múltiples puntos; de tal suerte que la arqueología subraya la complejidad de las relaciones que establecen la aparición de un objeto. Es esta recurrencia a la práctica lo que hace decir a Paul Veyne que Foucault revoluciona la historia, en tanto que esta noción permite ver el objeto como una objetivación de prácticas determinadas, vulnerando con ello el suelo en donde encontraban acomodo las ilusiones dualistas.

<sup>31</sup> Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 343.

<sup>32</sup> Rosario García del Pozo, *Michel Foucault: un arqueólogo del humanismo*, p. 44.

Lejos de invitarnos a juzgar las cosas a partir de las palabras, Foucault muestra, por el contrario, que nos hacen creer en la existencia de cosas, de objetos naturales, gobernadores o estados, cuando esas cosas no son sino consecuencias de las prácticas correspondientes, pues la semántica es la encarnación de la ilusión dualista.<sup>33</sup>

El suponer que existe una materialidad difusa como objeto previo, siempre el mismo aunque cambien las reacciones o las actitudes de los individuos ante él, implica deshistorizar el objeto mismo. Aquí y allá, ya sean las sociedades, las mentalidades o una época determinada, el objeto descansa, al igual que el sujeto, en una identidad, en un sustrato transhistórico que sólo puede ser revelado por la razón. Toda historia que repose en el dualismo objeto-sujeto, que parta de la distinción Historia e historia, es una historia del *logos*, pues en esta posibilidad transhistórica es donde descansan todas las teleologías, todas las historias construidas como progreso o evolución y todas las justificaciones.

Entonces, ¿dónde queda lo empírico sobre el cual trabaja el historiador? Foucault utiliza con frecuencia la noción de “empiricidades” en un sentido preciso: las empiricidades constituyen el conjunto de condiciones según las cuales se ejerce una práctica, según las cuales esa práctica da lugar a unos enunciados parcial o totalmente nuevos. Es, de nueva cuenta, un campo producido por un entrecruzamiento que regula la aparición de los objetos discursivos, las posiciones de los sujetos, las elecciones teóricas, los movimientos conceptuales, etcétera.<sup>34</sup> Lo empírico, por tanto, no se encuentra referido como una realidad extradiscursiva, no es la realidad sino la condición que permite que se hable de ella y sobre ella. No se niega con ello la existencia de cosas materiales, sino que se afirma que es con el lenguaje como se constituye un saber sobre las cosas y que, fuera de toda ilusión, en este lenguaje opaco y disperso no podemos buscar las cosas mismas como si estuvieran depositadas ahí, en su concreción y en su espesor.

Historia sin sujeto constituyente, historia sin objeto previo; historia de las prácticas en las que los acontecimientos se juegan, prácticas de subjetivación y prácticas de objetivación. Es ésta una historia que no alude a referente alguno, por ello no es una historia de las cosas; se trata de una historia en la que el sujeto es un producto más, no el centro antropológico a partir del cual ordenar los eventos; ni sujeto ni cosas, ausencias que permiten que esta historia no tenga ya que recu-

<sup>33</sup> Paul Veyne, *op. cit.*, p. 211.

<sup>34</sup> Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 351.

rrir a la ingenuidad de un empirismo para el que todo puede ser reducido a los términos de un dualismo. Es entonces que se puede decir que en los trabajos de Foucault se localiza una “historización” radical, pues nada es eterno, nada, ni siquiera en el hombre mismo, menos aun su propio conocimiento. Historización radical por medio de la cual se pretende evadir los temas propios de ese callejón sin salida en el que el pensamiento antropológico y sus dobles se ven atrapados. Se trata de rendir, por fin, el dualismo en el que nos hemos perdido para poder pensar de nuevo. Historización en la que la filosofía tiene un papel asignado y en la que el problema del lenguaje no puede pasar desapercibido. Y si la historia de los sistemas de pensamiento adopta la forma de una historia de la verdad, de nuestras verdades, es porque la “historia se convierte en historia de lo que los hombres han llamado verdades y de sus luchas en torno a esas verdades”.<sup>35</sup>

<sup>35</sup> Paul Veyne, *op. cit.*, p. 226.

